

abrazando una botella de vino. Las arrugas de la piel y los pliegues de la ropa son de un efecto maravilloso y revelan un cincel maestro, para el cual la dureza del mármol no presenta más dificultades que las que á una mano ejercitada pudiera ofrecer la más blanda cera.

Con lo poquísimo que nos hemos permitido apuntar sobre las esculturas del Capitolio, nuestros lectores podrán formarse una idea aproximada de cómo los antiguos variaban el sentimiento y la ejecución de su estatuaria, y el buen resultado que obtenían en todos los géneros; los dioses y los héroes, los hombres y las mujeres, la vejez y la infancia, la sensualidad y el pudor. ¡Arte sublime que sabía elevarse hasta la concepción de los dioses y descender sin degradarse hasta la imitación palpitante de los animales!

## CAPÍTULO DÉCIMO.

La subida á Santa María de *Ara-Caeli*.—Impresiones á la vista del panorama de Roma.  
—La iglesia.—La Prisión Mamertina.—La Academia de San Lucas.

DEJANDO el Capitolio, descenderemos por la gran escalera de Miguel Angel y tomaremos á la izquierda, la que conduce á la monumental iglesia de *Ara-cæli*. Fatigados de la subida, descansaremos unos minutos apoyándonos en el pretil que cerca el atrio del templo para recrear entretanto la vista con el admirable panorama de la ciudad.

Por donde quiera que se contemple este bello conjunto de edificios antiguos y modernos, ideas grandiosas y sublimes ocuparán la mente; clásicos recuerdos vendrán á la memoria; sentimientos nobles y elevados se despertarán en el corazón. La historia de treinta siglos está allí escrita con gigantescos caracteres, para ser leída claramente por el ojo de menor alcance. Parece que cien generaciones se hallan presentes á la vista del observador, publicando á gritos las mil y mil transformaciones que sufre la humanidad en la sucesión de los tiempos. Una civilización conquistando á la barbarie, y hundiéndose después en ella; unos pueblos dominando á otros, y á poco estos dominando á los vencedores; las artes elevándose á maravillosa altura y después degradándose hasta el envilecimiento, para renacer más tarde, formando nuevos estilos y nuevas escuelas, en relación con el espíritu de la época. Una raza de titanes aniquilando á otra que no nació de pigmeos, y sepultando entre las ruinas de sus casas y de sus templos á un pueblo condenado por la Divinidad á

perpetuo ostracismo; para hundirse después ella misma entre el polvo de los escombros que amontonara su decadencia. El politeísmo sobreponiéndose á la Religión del Dios Único, y esta Religión bajo una nueva forma derrocando á las divinidades paganas, para extenderse después por todo el mundo, creando una civilización más noble y levantada que ninguna de las que la habían precedido. La revolución moderna luchando atrevida con esta Religión y pretendiendo arrancarle sus conquistas, destruyendo sus obras materiales, y ejerciendo abierta persecución en contra de sus individuos. El hombre, en una palabra, desafiando á Dios; la materia tratando de sobreponerse al espíritu.

Estas y otras ideas despierta en el ánimo la contemplación del panorama de esa Roma de los reyes, de los cónsules, de los emperadores, de los Papas; hoy de. . . . la revolución anti-católica.

Entremos en la iglesia. Edificado este templo en la Edad media, fué llamado en su origen Santa María del Capitolio. Hasta el año 1252 había sido abadía de Benedictinos: Inocencio IV estableció allí á los Hermanos menores: restaurado en 1464 por el Cardenal Oliverio Caraffa, se hallaba casi en ruinas en fines del siglo XVIII, y fué reedificado en principios del actual. La iglesia está dividida en tres naves por dos hileras de columnas diferentes en la forma y de diversos diámetros. Con excepción de tres de mármol, las restantes son de granito egipcio: se supone que fueron tomadas de varios monumentos y edificios de la antigüedad; la tercera de las que están á la izquierda entrando, conserva una inscripción antigua, "A cubículo Augustórum," que indica seguramente su procedencia. El pavimento está cubierto con mármoles desiguales y de distintas clases, muy antiguos y raros. Hay en esta iglesia multitud de tumbas de los siglos XIV, XV y XVI, notables menos que por el arte por los recuerdos históricos que despiertan. Diez y ocho capillas circundan las naves laterales del templo, y como tendríamos que extendernos demasiado si las describiésemos todas, llamaremos la atención del lector respecto de las más notables. La de San

Bernardino de Sena, que se halla á la derecha entrando por la puerta principal, está adornada con sorprendentes frescos del Pinturichio que representan pasajes de la vida del santo. El pavimento es de precioso mosaico del estilo que llaman de los *Cosmati*. En la segunda capilla es digno de ser estudiado un bellissimo cuadro de la Piedad, pintado en tabla, por Marcos de Siena y los frescos son de Pomarancio. La capilla de Santa Rosa de Viterbo es notable por un antiquísimo mosaico que representa á la Virgen María. En el altar mayor, que se halla casi en el estado en que fué construido en 1590, se venera una imagen de la Virgen de las tantas que se atribuyen á San Lucas: la pintura revela ser muy antigua. Detrás del altar mayor está el coro, y en el pavimento hay una tumba célebre, la de Sigismundo Conti, secretario de Julio II, para quien pintó Rafael el admirable cuadro de la Virgen de Foligno, hecho expresamente para esta iglesia. En un brazo del crucero, á la izquierda, se levanta en medio de dicho brazo la pequeña capilla de Santa Elena, que consta de ocho columnas de un mármol que se llama *brocatel*, sobre las cuales descansa una bonita cúpula. El guía nos dijo que en esta capilla están sepultados los restos de la Santa; noticia de que no hemos tenido confirmación. Verdadera preciosidad artística son los ambones que se hallan en los ángulos del crucero, ejecutados por los hermanos *Cosmati* y decorados con bellísimas incrustaciones de piedras, algunas de gran precio.

Merece visitarse con espíritu de devoción la capilla nombrada del *Santo Bambino*. Venérase allí una imagen del Niño Dios, formada, según tradición, por un religioso franciscano con un pequeño trozo de madera de un árbol del Huerto de los Olivos. Estando arrodillados delante de la imagen, se nos acercó un sacerdote y nos preguntó si queríamos besarla; contestámosle afirmativamente y el buen padre se tomó el trabajo de subir al altar; abrió el nicho y acercó á nosotros la veneranda efigie: imprimimos en ella nuestros labios y dimos en seguida al sacerdote una pequeña limosna, que nos fué recompensada con una estampa del *Santo Bambino*. La

imagen tendrá un tamaño como de sesenta centímetros; está vestida de tela blanca de seda guarnecida con perlas y piedras preciosas.

Ya no mencionaremos de esta iglesia, sino las tres estatuas de Pontífices que fueron expulsadas del Capitolio por los revolucionarios italianos. Las de Paulo III y de Gregorio XIII, que fueron quitadas del salón del Palacio del Senador, están la primera en la nave lateral de la izquierda y la segunda en la de la derecha, una frente á la otra: la de León X, que se hallaba en el salón de los Conservadores, está en el crucero, frente á la capilla de Santa Elena.

Antes de salir de la iglesia, debe visitarse la sacristía para admirar un soberbio cuadro de la escuela de Rafael, que es atribuido á su discípulo Julio Romano, y representa la Virgen con San Juan Bautista y Santa Isabel.

No aconsejaremos al lector que salga del templo por la puerta del costado, porque recibirá la desagradable impresión que recibimos nosotros encontrándonos delante de un destacamento italiano de soldados que ocupan el edificio anexo, el cual seguramente perteneció al antiguo monasterio, y á su brutalidad están entregadas las pinturas que adornaban las paredes de un pórtico que fué sin duda la portería, y se ven hoy bastante deterioradas.

De la plaza del Capitolio parten dos calles que descienden al *Fórum*. Tomaremos, saliendo de *Ara-Cali*, la que está á la izquierda; y dejando á la derecha el *Tabulárium*, que después visitaremos, y apartando la vista de las magníficas ruinas que se extienden desde allí hasta el arco de Tito, que todavía no es tiempo de visitar, dirijámonos á la capilla que llaman el *Crocifisso di Campo Vaccino*, para que el custodio nos introduzca á la célebre Prisión Mamertina.

El nombre de esta cárcel se deriva de *Ancus Martius*, cuarto rey de Roma. Servio Tulio la ensanchó haciendo cavar otro departamento subterráneo que llevó su nombre y servía para las ejecuciones capitales: dícese que fué construida en una antigua cantera que se hallaba al pie del Capitolio. La cámara superior á donde nos condujo el custodio, está re-

vestida con piedras rectangulares, aunque en el sitio inmediato al altar se descubren todavía los vestigios de las excavaciones antiguas. Tiene la forma de un trapecio de 7 m. 75 c. de largo, 5 m. 75 c. de ancho y 4 m. 20 c. de altura. Hacia el Nordeste se ven las señales de una ventana por la cual entraba una débil luz á la estancia. No hay ningún indicio de que en su origen hubiese tenido puerta alguna, porque las que hay ahora son modernas, y se cree que los delinquentes eran introducidos por la abertura circular practicada en la bóveda, la cual debía estar cerrada con una reja. La fachada que mira al Oriente está bien conservada, y sobre una cinta de travertino que la corona se lee el nombre de los cónsules del año 22 de Nuestra Era, *Caius Vibius Rufinus* y *Marcus Cocceius Nerva*, que probablemente la restauraron por decreto del senado.

La tradición piadosa refiere que en esta prisión fueron encarcelados por orden de Nerón los Santos Apóstoles Pedro y Pablo. Muéstrase allí un pozo del cual está brotando una agua que ha sido reputada milagrosa, y se cree que con ella fueron bautizados los carceleros Processo y Martiniano, quienes después recibieron el martirio.

Nuestro querido amigo el Lic. D. Ramiro de la Garza, en cuya compañía visitamos la Cárcel Mamertina, hízonos reminiscencia al salir á una pequeña plataforma que se halla á la entrada de la capilla, de la solemne procesión que en 1854 tuvo lugar solemnizando la terminación de los trabajos que fueron ejecutados para reparar la misma capilla. Desde aquella plataforma el Sumo Pontífice Pío IX dirigió un elocuente discurso á la muchedumbre de fieles que al acto religioso concurren.

Inmediatamente después de haber hecho la visita de este lugar venerable, pasamos á recorrer las célebres ruinas del *Fórum* acompañados de nuestro amigo; pero dejaremos para otro capítulo la descripción de esos monumentos, y trasladaremos antes al lector á un edificio distante pocos metros, en el cual se halla depositado un riquísimo tesoro de pintu-

ras, originales de los más afamados maestros en el arte. Vamos á la Academia de San Lucas.

Al saber que nos acercábamos á la gran escuela de la pintura en Roma, en donde se han formado tantos y tan distinguidos artistas, íbamos preparados para encontrarnos á poco delante de un soberbio edificio de la apariencia cuando menos del palacio Doria. Verdadera decepción nos causó llegar á una miserable casa de tres pisos con un pequeño zaguán, de cuyo insignificante y estrecho vestíbulo rompe una angosta escalera. Temimos que la revolución hubiese dirigido su hacha devastadora contra la primera institución romana de bellas artes, en odio á la memoria de sus insignes fundadores. Pero no era así. La Academia de San Lucas, aunque emancipada de la Santa Sede, conserva la vida que aquellos le dieron, se rige por sus mismos reglamentos, y continúa siendo el núcleo de los artistas de Roma. Sólo que desde su fundación fué instalada en aquel pobre edificio, y allí ha permanecido, prestando indigno alojamiento á maravillosas obras de los más notables artistas de Italia y del extranjero.

Fundada la Academia por el pintor Muciano bajo los auspicios de Gregorio XIII en el último tercio del siglo XVI, hasta fines casi del XVII en tiempo de Sixto V puede decirse que la institución comenzó á prosperar. Federico Zuecaro, literato y poeta, fué el insigne protector del establecimiento, al cual instituyó heredero suyo. El espíritu de confraternidad que siempre ha unido á los artistas romanos, contribuyó no poco á los progresos de esta Academia, enriquecida hoy más por la liberalidad de sus académicos que por los donativos que le hicieran los Papas, quienes sin embargo, la favorecieron muchísimo.

La Academia de San Lucas, no posee en sus galerías abundancia de cuadros, pero los que tiene son excelentes y casi puede asegurarse que no hay en el departamento de las pinturas antiguas una sola que no sea de gran mérito y muchas hay que no tienen rival en ninguna otra galería. De las del Vaticano fueron trasladados á San Lucas algunos lien-

zos, que ya por la naturaleza de los asuntos, ya por la manera poco decorosa de expresarlos, se consideraron indignos de figurar en la residencia del Vicario de Jesucristo. Los académicos por su parte de tiempo atrás vienen prestando un importante contingente, obsequiando á la escuela con retratos de los más notables maestros, cuyo número se eleva hoy á centenares. Establecida una sala de cuadros modernos, figuran en ella muy buenas pinturas de autores contemporáneos.

Ignoramos la disposición en que se hallarían colocadas las galerías en tiempos anteriores. En la actualidad, los cuadros notables se exhiben en tres salas, dos de mediana capacidad separadas por un cuarto de poco más de seis metros por lado. Entremos á visitarlas.

Aunque no se ha tenido en general el cuidado de colocar las pinturas por escuelas, como debiera haberse esperado de la dirección de personas competentes, nosotros mencionaremos en cuanto nos sea posible los principales por la nacionalidad de sus autores. La escuela flamenca ha sido debidamente honrada por los académicos de San Lucas, y desde el primer salón se admiran composiciones magníficas de aquellos distinguidos artistas. Una vista de paisaje con ruinas de monumentos antiguos, en el cual llaman la atención unas vacas, obra de Berghem; otro paisaje con caballos, de Wan-Bloemen; el Matrimonio de Santa Catarina, de Hemling; un Descendimiento, obra flamenca de autor no conocido; un bosquejo de Rubens, las Tres Gracias; la Santísima Virgen entre dos ángeles, de Van-Dyck; un paisaje de Wouwermans; un admirable retrato de una dama que se supone haya sido Isabel de Inglaterra, por el mismo Van-Dyck.

En la escuela francesa, brillan dos hermosísimos paisajes de Nicolás Poussin y un Baco y Ariana del mismo autor; dos preciosas Marinas de Manglard, que se atribuyen á José Ver-net, y una encantadora ribera de Claudio Lorrain.

De Velázquez hay un soberbio retrato de Inocencio XI, que algunos pretenden es obra de Baciccio, y de Murillo el retrato de Lorrain.

El mayor número de los cuadros pertenece á los grandes maestros italianos, y los hay de Rafael, de Guido Reni, del Ticiano, de los Palma viejo y joven, de Pablo el Veronés, del Guercino, de Carlos Maratta, De Salvator Rosa, de Julio Romano, de Guido Gagnacci.....

Del divino Sancio, se distinguen dos notabilísimos. Uno es el San Lucas pintando á la Santísima Virgen. El Evangelista está delante del caballete copiando la celestial figura de la Virgen y la encantadora del Niño, que se le aparecen en visión y se hallan delante de él formando un grupo inimitable: el rostro del santo se ve radiante de felicidad: detrás del inspirado artista se halla un joven contemplando aquella bellísima escena; es el mismo Rafael. Las figuras son dignas de su autor por la sencillez noble y primitiva que las caracteriza, por su sentimiento y por su dulzura. Se nota que el pintor supo transportarse en espíritu á los primeros tiempos del Cristianismo en que la Fe obraba tan estupendos prodigios. El otro cuadro de Rafael, que excita la admiración del visitante en esta galería, es el sublime niño pintado al fresco, en el cual junto á la expresión inimitable del candor infantil, se admira la morbidez de las carnes y la pastosidad de un colorido que difícilmente habría podido dar otro pincel.

De las obras del justamente célebre Guido Reni, sin disputa es la suprema el soberbio cuadro que posee la Academia de San Lucas y representa á la Fortuna en una hermosa mujer de larga cabellera que va surcando el espacio al rededor del mundo: lleva en su mano izquierda una bolsita de la cual se desprenden monedas de oro y en la derecha la vara mágica que nuestros cuentos infantiles llamarían *la varita de virtud*: un amor alado trata de sujetarla inútilmente por los cabellos.

Lamentable es que ni los honores de la descripción puedan concederse á la maravillosa obra del Ticiano, que representa á Diana en compañía de varias ninfas. Esa escena licenciosa no podía encontrar acogida en otra galería que no fuere en la de una Academia de pintura. No diremos lo mismo del San Gerónimo en el desierto, del mismo autor, que

de no hallarse en donde está no debería tener otro lugar que el Vaticano.

Lo que decimos del cuadro de Diana, debemos con pena consignar respecto de dos cuadros calificados como de primer orden por los inteligentes; las Tres Gracias, de Palma el joven y una Betsabé muy más provocativa para el espectador que lo fué para David la mujer del desgraciado Urías.

No recomendaremos sin duda, como un modelo de honestidad, el grupo de las hijas de Loth y la Dalila de Palma el viejo, aun cuando los académicos de San Lucas les hallan dado uno de los primeros lugares en su magnífica galería.

Tampoco haremos otra cosa que mencionar la Casta Susana, de Pablo el Veronés; dejando á los artistas que lo estudien solos, y se extasíen contemplando las bellezas de un cuadro en que el pintor no fué movido sin duda por el espíritu que al autor bíblico movió á describir la escena que representa.

Verdaderamente pagano, aunque de notable mérito el grupo mitológico de Venus y Cupido, tenía que ser obra del Guercino para que la Academia de San Lucas le haya dado el lugar que tiene en su galería.

Una hermosísima Virgen de Carlos Maratta, como cuadro de devoción merecería estar adornando alguno de los bellos altares de ágata y lápiz-lázuli de las mejores iglesias de Roma, si no fuera porque como obra de arte quisieron los artistas de San Lucas tributarle otra especie de culto, y conservarle en sus salones como un bello modelo que deben imitar sus alumnos.

El San Gerónimo de Salvator Rosa y los dos cuadros de paisaje, uno de los cuales representa las cascadas de Tívoli, obra del mismo pintor, son dignos de figurar entre las bellezas de primer orden de la galería.

De Julio Romano es una Galatea, que el discípulo de Rafael pintó siguiendo el modelo del gran fresco de su maestro que se halla enriqueciendo la colección del palacio Farnesio.

Gran estimación hacen los académicos, de una Lucrecia pintada por Guido Gagnacci, que representa ese tipo inver-

símil de virtud pagana, en una mujer que se da la muerte no pudiendo sobrevivir al ultraje que ha recibido en su honra. El artista, causa pena decirlo, más bien parece que intentó presentar con vivos colores el incentivo que determinó al seductor á cometer el crimen, que la desesperación de la víctima y esa mentida nobleza de sentimientos que á la mujer pagana obligó á castigar en sí misma con otro delito una acción de la cual no era responsable.

En la sala de los cuadros modernos no escasean algunos antiguos de mérito, y entre los primeros hay muchos de bellísima ejecución y de un efecto admirable.

Entre los retratos, cuya colección mencionamos arriba, se hacen notar los de dos mujeres artistas, Angélica Kaufman y Virginia Le Brun, pintados por ellas mismas.

En el piso inferior, que nosotros llamaríamos el entresuelo, se exhiben los buenos estudios de dibujo y pintura y los modelos en barro cocido que han alcanzado premios en los grandes concursos de la Academia. Salgamos de ella, con la satisfacción de haber visitado una de las mejores colecciones de pinturas del mundo, y retrocediendo unos pasos lleguemos á contemplar las célebres ruinas del paganismo; el emporio de la belleza clásica en la arquitectura, los maravillosos restos de esa opulencia romana tan celebrados por los viajeros y por los historiadores.

## CAPÍTULO UNDÉCIMO.

Sobre la torre del Capitolio.—El *Tabularium*.—La *Schola Xantha*.—Pórtico de los dioses *consenti*.—Templo de Vespasiano.—Arco de Septimio Severo.—Los Rostros capitolinos.—La columna de *Phocas*.—La Basílica Julia.—La Vía Sacra.—Templo de Castor y Pólux.—Templo de César.—De Vesta.—De Antonino y Faustina.—De Rómulo.—Basílica de Constantino.—Palacio de los Césares.—Arco de Tito.—La *Meta sudans*.—Coloso de Nerón.—Arco de Constantino.—El Colosseo.

ANTES de bajar á la hondonada artificial que han abierto las excavaciones practicadas en lo que fué en la Edad media el *Campo Vaccino*, en donde yacieron durante siglos enteros la mayor parte de los monumentos que han ido saliendo á luz descarnados y cubiertos de polvo, como esqueletos desenterrados, dirijamos nuestros pasos á una elevada torre que corona el techo del palacio senatorial, para contemplar el conjunto admirable de esas interesantes ruinas, y darnos cuenta de la situación respectiva de cada edificio, y estudiar á vista de pájaro el efecto que produce ese hacinamiento de magníficos escombros, mudos testigos de tantos y tan estupendos acontecimientos. Subamos.

Colocados en el cuerpo superior de la torre, abra el lector los ojos; extienda la vista en la dirección del Oriente y sorpréndase de tener delante una ciudad que diez y ocho siglos atrás se hallaba en el apogeo de su grandeza: reconstruya en su imaginación todos esos edificios, la mayor parte arruinados hoy, de algunos de los cuales no verá sino los cimientos, y haciendo salir de entre el polvo esos templos, esos